

refunde y modifica las disposiciones sobre Martilleros Públicos; 2) el que concede una pensión, por gracia, a don Quintín Barrientos Villalobos; 3) el que concede una pensión, por gracia, a doña Mercedes Pizarro, viuda de Bachelet.

b) Un proyecto sobre ascenso a General de Brigada Aérea, Rama del Aire, de don Javier Undurraga Vergara, informado por la Comisión de Defensa Nacional.

c) Un oficio de la Cámara en el cual propone enviar al Archivo diversos proyectos, por haber perdido su oportunidad.

El señor ALESSANDRI, don Fernando (Presidente).— Si le parece a la Sala, quedaría fijada la tabla que se acaba de señalar.

Acordado.

Solicito el acuerdo de la Sala para conceder el uso de la palabra a varios señores Senadores que desean rendir un homenaje.

Si no hubiera oposición, así se acordaría.

Acordado.

Tiene la palabra el Honorable señor González, don Eugenio.

V. HOMENAJE

HOMENAJE POSTUMO AL PINTOR JUAN FRANCISCO GONZALEZ, CON MOTIVO DEL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

El señor GONZALEZ (don Eugenio).— Señor Presidente:

Unánime admiración, a la que se mezcla la gratitud que suscitan en la conciencia social quienes han acrecentado los valores de nuestra cultura, se manifiesta en estos días hacia la personalidad y la obra de Juan Francisco González, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento. Por la resonancia que en su ámbito alcanzan las emociones colectivas, no podría esta Corporación ser ajena al homenaje que se rinde a un artista que supo expresar, con clarividente amor y genial maestría, el alma y el paisaje de Chile.

Con Juan Francisco González, puede

decirse que comienza una pintura altamente expresiva de nuestra idiosincrasia y de nuestra naturaleza. No hubo detrás de él una fuerte tradición plástica nativa, una rica evolución de formas culturales que enmarcara sus impulsos espontáneos de creador genuino. Aparece, en un medio todavía impropicio, portador de una misión nobilísima: la de "enseñarnos a ver", como dijo Pedro Prado en el sutil y emotivo elogio escrito con ocasión de su muerte.

Hombre, en la cabal excelencia del concepto, alcanzó también Juan Francisco González, por el ejemplar cumplimiento de su vocación entrañable, la rara dignidad de maestro. Enhiesto carácter el suyo, como forjado para sobreponerse, con impetuosa gallardía, a las adversas circunstancias en que han de realizarse, por lo común, los mejores destinos; inagotable su vitalidad, siempre en tensión creadora, desbordándose cotidianamente sobre la materia indócil para animarla con la pasión de su sueño y el pulso de su sangre; generosa la capacidad de amor que lo hacía revelar, en su propio mundo de formas y colores, la oculta armonía y el enigmático simbolismo de los seres y de las cosas.

Dominó desde muy joven los recursos técnicos que estaban en condiciones de enseñarle los pocos artistas meritorios que había en el País, y, mediante la cooperación de amigos comprensivos de sus posibilidades, pudo perfeccionarlos en Europa por el conocimiento directo de los paradigmas de la plástica occidental y de las nuevas tendencias que, en la pintura de fines del siglo XIX y comienzos del nuestro, expresaban las inquietudes de una sociedad bajo cuyo esplendor material se advertía, sordamente, la inminencia de inevitables catástrofes.

Largas horas de contemplación en los viejos museos ilustres, activa concurrencia a los talleres donde bullían rebeldías promisoras, acuciosos estudios y ensayos en veladas de soledad fecunda, incansables andanzas por ciudades patinadas de

historia y campañas donde flota aún el eco mortecino de antiguas leyendas, todo eso fué haciendo más penetrante su visión y más sensible su fantasía, pero sin que su peculiar sentido estético sufriera menoscabo. Había en él demasiada fuerza, demasiada lucidez para superar cualquier riesgo de perderse en las veleidades efímeras de las escuelas, en los academismos y "snobismos", en las imitaciones superfluas, como tantos otros que fueron a Europa en busca de lo que sólo se encuentra cuando ya se posee: la autenticidad.

Juan Francisco González viajó a Europa para conocerse mejor a sí mismo, y, al lograr su plenitud interior por el contraste con el medio extraño y la obra ajena, experimentó su identidad esencial con el sentido de su tierra y el espíritu de su pueblo. Lo que hasta entonces fué en él producto de primigenia intuición, se elevó, así, a la categoría de la obra que se realiza con depurada conciencia. No obstante, porque era un maestro, estuvo siempre descontento de su obra, persiguiendo la soñada perfección, la ideal congruencia entre lo anhelado y lo realizado, en patético forcejeo con los precarios recursos de la expresión humana.

Acercarse a la pintura de Juan Francisco González provoca la impresión de ir descubriendo una comarca de maravilla que es, sin embargo, la de nuestros diarios afanes. Esos rostros son los de nuestras gentes, sencillas y taciturnas; esas casas son las que están al borde de los caminos rurales, en los suburbios polvorientos; esos árboles son los que se alzan en todas partes, enrojecidos por el crepúsculo, dorados por el otoño, inmóviles en la lejanía; esas frutas, de radiante pulpa, son las de nuestros huertos, las de nuestras mesas; esas flores son las que decoran nuestros jardines cuando llega la estación benigna; esos muros tatuados de grietas, musgosos, son los que perduran en ciertos barrios donde el tiempo parece haberse arremansado en provinciana quietud.

Pero, en verdad, no son los mismos. Vienen al encuentro de nuestros ojos con algo que no habíamos percibido, porque nuestra conciencia funciona habitualmente dentro de angostos marcos determinados por las necesidades de la acción práctica. Ahora, los rostros, las casas, los árboles, las flores, las frutas, todas las diversas y familiares presencias del mundo circundante despiden un fulgor que parece provenir, más que del espacio exterior, de su recóndita intimidad. Es que el creador, con la maestría de su arte, nos ha vuelto capaces de intuir el valor y el sentido de cuanto nos rodea, las veladas estructuras y los invisibles enlaces de la realidad profunda, la animación universal, el misterio cósmico. A veces, en una simple, pequeña hoja que tiembla en el sol.

Maestro de maestros, Juan Francisco González nos otorga este don insigne con inusitada largueza. Toda su vida fué una dádiva permanente de belleza, un ejercicio sin claudicaciones de esa forma de caridad que es el arte. Forma de caridad es el arte porque es forma de amor: una manera suprema de darse, en lo mejor de sí mismo, creando en apasionada comunión con la vida universal y la soledad humana. Lo que en el poema de Ibsen se dice del labrador tenaz que cumplió heroicamente su humilde destino, puede aplicarse también a Juan Francisco González en la hermosa trayectoria de su destino superior: "Fué grande porque que fué el mismo".

Grande, con esa grandeza inmarcesible que en la perspectiva espiritual de la cultura, contrariamente a lo que sucede en la perspectiva física de la naturaleza, se hace mayor a medida que se aleja en el tiempo. Por virtud de esa grandeza suya, tan auténtica, hoy día su obra de artista —única en la historia de la plástica chilena y americana, cargada de valores que el transcurrir de los años abrillanta— está más viva que nunca, y su personalidad de maestro promueve el desarrollo de nuestra pintura acaso con más

eficacia que durante su larga, espléndida y fecunda existencia. Una vez más el arte ha vencido a la muerte. Incorporado a la historia nacional, en rango eminente, Juan Francisco González, hombre representativo de Chile, estará siempre creando entre nosotros.

El señor MOORE.— Señor Presidente, hablo en nombre de los Senadores liberales, y he recibido también el encargo honroso de adherir a este homenaje, de mis Honorables colegas y amigos los Senadores conservadores, que habían designado con este objeto al Honorable señor Bulnes, quien, por motivos de salud, no podrá cumplir esto que él estimaba un honroso deber.

Este homenaje en recordación de un gran artista, nos redime de tantas preocupaciones pequeñas y vanas, de cosas sin elegancia ni hondura, que nos van robando las energías y las alegrías de vivir. Porque la secreta razón y la fuerza del arte, acaso residen esencialmente en su autenticidad, y en su postura serena y jubilosa frente al mundo y la vida. Cultivar y realizar la belleza ¿no será a la postre una explicación simple, directa y generosa del enigma mismo de la existencia? El artista se mueve en un ámbito sin límites, donde las cosas de la naturaleza —árbol, montaña, llanuras, nubes— le pertenecen por derecho propio. Es así como ejerce un permanente e inalienable dominio sobre el mundo circundante. Y esta posesión sin restricciones ni dolorosos cercenamientos, lo torna generoso y libre. Porque ésta es otra excelencia del artista: su goce y su don de libertad. Y su don de verdad. Interpretando y creando la belleza, el hombre no desea ni necesita engañar ni ser engañado. Y en el reino de su inacabable intimidad, los sueños lo rodean, y sobre ellos no cabe ni la presión de ajenas voluntades ni el imperio de menguadas leyes.

Don Juan Francisco González encarnó en su época, como nadie, las soberanas excelencias del creador de belleza plástica.

Así debió ser la estampa física, así debieron vivir, amar y luchar, los pintores y orfebres que rodearon a Lorenzo el Magnífico y que hacían flamear los gallardetes de sus indomables temperamentos por sobre la potestad de los pontífices y la insolencia de los príncipes.

Maestro indiscutido de generaciones de pintores y escultores, su alta jerarquía lo situó ventajosamente frente a los escritores de su época. Lo conocí en mis años de mocedad, en el cenáculo de Los Diez, donde Pedro Prado dictaba las leyes de su suave y fina sabiduría. En torno a don Juan Francisco, músicos y poetas, arquitectos y pintores, se ordenaban en un seguimiento de noble obediencia. Era reconfortante escucharlo, porque en sus palabras estaba la fe de las vocaciones profundas y absolutas. Actitud religiosa, fuerte y pura. Una unidad perfecta eran la ley y el signo de su vida. Nada titubeaba en ese trazo, ni nada se escapaba de él: lo envolvía en sus actos y en sus palabras, en lo que realizaba su pincel y en lo que traspasaba y quemaba su corazón. Ambiciones de poderío o de riquezas, afanes de renombre y gloria, no rozaron siquiera su espíritu; y su voluntad, despojada de toda traba inútil y alivianada de gravosos lastres, se lanzó, ágil y paciente a la vez, en la persecución de la belleza. En horas de miseria, de quebrantos que jamás abatieron su ánimo soberbio y dulce, don Juan Francisco rehusó el oro de un mercader próximo a dejarlo huérfano de sus telas queridas, y fué así como siguió, pobre siempre, ajeno a los pequeños bienes del mundo, pero envuelto en el hechizo intacto que sus ojos, sus manos y su alma habían creado. Así vivía: fuerte, como apoyado en la riqueza de la luz y en los tesoros de la sombra.

Lección de lealtad viva, de heroísmo sin gritos, de continuidad sin desmayos en su destino.

Al borde de la existencia gris y puerilmente complicada de miles de hombres; junto a sus miserias y egoísmos, a la

crueldad y el engaño de tantos, él encendió su rústica fogata de pastor de finas emociones. Sus pinceles se movían con la unción y la gracia del oficiante de un rito misterioso, capaz de acallar las amargas dudas humanas con el solo breve grito de certeza de un rayo de sol, aprisionado en el dibujo de un árbol. Su vasto concepto de la vida y del mundo, lo iba descifrando, paciente y seguro, en esos pequeños versículos que eran sus telas, donde nada parecía significar el tema mismo, sino el estilo con que había sido realizado. Porque para don Juan Francisco no existían motivos grandes ni estrechos, profundos ni superficiales; lo verdadero residía en la actitud, en la forma en que el artista los trataba. La vida comunitaria, entera y armoniosa, latía en la Rosa o en la Dalia de un pequeño boceto como en el canto de un órgano, en el verso de un poema, o en el escorzo de una mujer que se alejaba en la tarde dorada. La vida era un espectáculo unánime y total: noble, alegre, generosa y bella.

El maestro inolvidable pudo hacer suya la frase profunda de Goethe: "Quien contempla la belleza se siente de acuerdo consigo mismo y con el mundo".

El señor IZQUIERDO.— Señor Presidente:

He escuchado con suma atención las brillantes palabras que el Honorable Senador don Eugenio González ha pronunciado esta tarde para rendir un homenaje público, en la tribuna parlamentaria, al notable pintor chileno Juan Francisco González, señalado como una de las más grandes figuras en el mundo del arte en nuestro país.

He recibido el honroso encargo de mis colegas los Senadores agrariolaboristas, de expresar nuestra adhesión al justo recordatorio que hacemos, en el Senado, de tan ilustre personalidad en el arte pictórico chileno, con motivo del centenario de su natalicio, cumplido el 24 de septiembre último.

Es una misión difícil hacer el elogio de

quien descolló en los dominios de un arte que sólo apreciamos como observadores circunstanciales. Únicamente los que viven dedicados a él y los impenitentes aficionados que se familiarizan con las creaciones de los grandes maestros de las artes plásticas y que conocen las técnicas de las diversas escuelas, pueden comprender plenamente al maestro y expresar con exactitud los verdaderos méritos que lo han elevado a la categoría de figura máxima en el grupo de los grandes valores artísticos que puede exhibir con orgullo nuestra patria.

El iniciador de este homenaje, nuestro colega el Honorable señor Eugenio González, ha podido exhibirnos con trazos ciertos toda la gama de tonos en la atrayente personalidad del maestro, porque nuestro Honorable colega está bien capacitado para hacerlo, por su gran cultura enriquecida en el ejercicio prolongado de la cátedra universitaria. La mejor manera de adherirnos a este homenaje es, por consiguiente, recoger las expresiones que hemos escuchado a los Honorables señores González y Moore, y reiterarlas sin reservas, con todo el agrado y el fervor que su elogio al maestro nos ha producido.

Señor Presidente, repasamos así, en este recuerdo, la vida de tan ilustre pintor, un tanto aventurera y romántica, como la de todos los grandes artistas; un poco audaz y mezclada de rebeldía, como es la de los creadores geniales; un tanto apasionada en sus predilecciones artísticas, como pudo demostrarlo el artista en algunas de sus épocas, por el calor que puso en exaltar, por ejemplo, la belleza impresionante de los campos chilenos, llevada a la tela con tal maestría y fuerza en el colorido, que justifica que sus discípulos le consideren un genio del color.

Hay muchas maneras de hacer chilenidad, y Juan Francisco González la hizo siempre, sobre todo a su regreso a Chile, en 1884, después de poner término a su viaje por el Perú y Bolivia y dejar atrás, en su vida de pintor, la época que sus dis-

cípulos designan con el nombre de "limeña". Y, así, el chilénísimo maestro nos dejó obras de extraordinarios atractivos, que su talento produjo en dos de sus épocas en Chile: la llamada "época porteña" y la "limachina", porque en la primera, su predilección fué nuestro puerto, con el capricho de sus cerros, y en la segunda, las campiñas y serranías de Limache.

Recorrió algunos países de Europa—Francia, Italia, España—, y testimonio de sus inquietudes artísticas son muchos cuadros que hoy dan valor a varias colecciones en el País y en el extranjero. En nuestro Museo de Bellas Artes, algunas de sus telas enriquecen las colecciones que allí admiran los visitantes.

Recientemente, con motivo del centenario de su natalicio, una exposición retrospectiva en nuestro Museo, nos ha permitido admirar unas trescientas obras del maestro. Retratos, paisajes, flores y naturalezas muertas están ahí expuestas a los ojos de nuestros compatriotas como la mejor demostración de la eminente obra realizada por Juan Francisco González.

Elogiar la personalidad de este pintor nuestro, con las palabras que hemos escuchado en esta Sala y fuera de ella, en estos días de recordación, no significa disminuir en nada los méritos de otros grandes valores de la pintura chilena. El gran Pedro Lira fué su maestro, y otros nombres ilustres del pincel figuran en el mismo plano. Recordamos, por ejemplo, a Valenzuela Puelma y a Valenzuela Llanos. Cada maestro, cada artista tiene su personalidad propia y, por consiguiente, su técnica. Cada uno aparece como una figura estelar y cada uno es un maestro en sus creaciones. Juan Francisco González lo fué en el más amplio sentido: maestro, porque fué eximio en el pincel y creó obras que son una acabada expresión estética; maestro, porque tuvo discípulos y formó así escuela en su arte; maestro, porque sobrepasó en sus creaciones el límite de lo que puede ser el esfuerzo de un

artista. Hay quienes afirman que González pintó más de cuatro mil telas, si bien otros sostienen que no pasó de las dos mil quinientas; en todo caso, fué un sorprendente ejemplo de una fecundidad que no alcanzó a malograr la calidad sobresaliente de su obra. Y fué maestro porque tuvo detractores y no lo favoreció la comprensión de todos sus contemporáneos. Pero la historia, como siempre, en la suma del tiempo, ha ido depurando esta gran figura hasta colocarla en el plano en que hoy, justificadamente, aparece en las Bellas Artes de Chile.

Señor Presidente, los Senadores de mi partido expresan con suma complacencia su adhesión a este homenaje tan merecido que el Senado de la República rinde al pintor Juan Francisco González.

He dicho.

El señor MORA.—Los Senadores radicales queremos adherir al justo y emocionado homenaje que se rinde a esta gloria de la pintura nacional que es Juan Francisco González. Quisiera hacerlo con palabras tan emotivas, tan profundas y sencillas como las pinceladas con que él dejó en sus cuadros, como recuerdo inmortal, los rasgos de nuestras flores, de nuestras frutas, de nuestras mujeres y de nuestros paisajes.

Ha sido una suerte que, en el desarrollo cultural de nuestro país, hayamos tenido, en las artes plásticas, personalidades tan destacadas, tan originales y sobresalientes como la de Juan Francisco González. Sus cuadros serán una enseñanza perenne para las futuras generaciones artísticas chilenas y un motivo de renovada e incesante emoción para quienes tengan la dicha de contemplarlos.

Nuestra pintura, como nuestra escultura, se destaca entre las de todos los países de América, acaso con relieves que no es dable encontrar en ellos. Hace un momento, el Honorable señor Izquierdo recordó los nombres de Pedro Lira, de Valenzuela Llanos y de Valenzuela Puelma.

Podría traer el recuerdo de cien más. Entre ellos, como una estrella que fulgura con luz más brillante e imperecedera que todas, que son también estrellas de primera magnitud, está la gloria de Juan Francisco González.

Si también en la escultura podemos enorgullecernos de los nombres de Arias, Plaza, Rebeca Matte y tantos otros, ¡dichoso país éste, que ha logrado, acaso por su belleza natural, inspirar a nuestros conciudadanos, tocados por la varilla maravillosa del arte, para dejarnos, como herencia inapreciable, sus obras, que elevan nuestro prestigio internacional y nos hacen a nosotros mismos valorarnos y sentirnos superiores en el campo de la cultura y del arte!

Señor Presidente, yo no sé si en los homenajes que en diferentes épocas se ha rendido, con tanta justicia, a Juan Francisco González, alguna vez se ha pensado en erigirle un monumento. Hacemos justicia y ennoblecemos nuestra vida ciudadana erigiendo monumentos a los Padres de la Patria, a nuestros grandes conductores, a nuestros hombres y mujeres más destacados en el campo de la política, de la religión, del arte y de la ciencia.

Ignoro si se ha presentado alguna vez un proyecto de ley para honrar la memoria de este maestro de maestros, como se ha llamado a Juan Francisco González. Si no se ha hecho, la representación radical del Senado quiere anunciar en esta sesión de homenaje al gran artista que honra a nuestra patria, que presentará, en la primera oportunidad, un proyecto de ley para que se perpetúe en la piedra o en el bronce su figura, que ha de ser un ejem-

plo para las generaciones jóvenes que quieran dedicar su vida a esta noble rama del arte que es la pintura.

He dicho.

El señor VIDELA (don Manuel).—Nada más podría agregar, señor Presidente, a las brillantes palabras pronunciadas por los Honorables Señadores que me han precedido en este homenaje; pero el Movimiento Nacional Independiente no puede menos que alzar su voz, por mi intermedio, para rendir, también, un homenaje emocionado a la figura del gran artista que fué Juan Francisco González.

El señor FREI.—Señor Presidente, me cabe sólo adherir al homenaje que, desde todos los sectores del Parlamento, se ha rendido a esta gran figura chilena, pues creo que sería innecesario agregar, de mi parte, palabra alguna después de los elogiosos conceptos vertidos de manera tan brillante por algunos señores Senadores.

El señor CRUZ-COKE.—Señor Presidente, concuerdo con las expresiones pronunciadas por el Honorable señor Frei, a propósito del homenaje que tan merecidamente se rinde al gran artista, y no sólo gran artista, sino gran hombre y gran ciudadano, que fué Juan Francisco González. Creo que las palabras pronunciadas por el Honorable señor Eugenio González han interpretado de una manera magnífica lo que el Senado de la República siente frente a los grandes valores espirituales.

El señor ALESSANDRI, don Fernando (Presidente).—Se levanta la sesión.

—Se levantó la sesión a las 17.12.

Dr. Orlando Oyarzun G.
Jefe de la Redacción.